

## El último Nadal

Todos los premios literarios españoles se vienen definiendo por las características de las obras ganadoras, las cuales poseen un denominador común, sea estético o ideológico. Casi nunca se expresa, sin embargo, esta exigencia, ni creemos que exista acuerdo previo con respecto a la misma. La clave hay que buscarla en la invariabilidad de la composición del Jurado y en la elección del mismo por parte de quien patrocina el premio. Por los resultados, podemos saber que el Nadal galardona siempre obras estéticas e ideo-



lógicamente conservadoras, que el Planeta nunca se permite aventurarse en el lanzamiento de una fórmula novelística nueva, que el Biblioteca Breve pasará por alto todas las novelas estrictamente ajustadas a los cánones académicos, y así sucesivamente.

Ya ha salido el Nadal 1969, y en poco más de un mes ha alcanzado la quinta edición. El Nadal cuenta con una audiencia fiel, que lo sostiene contra viento y marea, tenga o no caídas de calidad. Y si la firma es tan conocida como la de Francisco García Pavón, el éxito se halla asegurado.

"Las hermanas coloradas" es, además, una novela destinada a un público amplio, aunque nada tenga que ver, contra lo que se ha dicho, con el género policíaco o al menos con la fórmula clásica del mismo. No esperábamos encontrarnos con ninguna clase de experimentalismos ni audacias formales, y nuestra hipó-

tesis se cumple. "Las hermanas coloradas" constituye un típico ejemplo de Nadal, una narración situada ajustadamente dentro de un esquema novelístico tradicional. García Pavón no se ha planteado aventuras de ninguna especie, ni en la estructura ni en la ideología, sino que elabora con procedimientos patentados una materia para él familiar. Asumen la acción novelesca personajes que el autor conoce muy bien; son gentes de su pueblo, de Tomelloso, a las que instala esta vez en Madrid, pero la historia cuyos principales papeles encarnan está estrechamente ligada a aquella localidad. Muchos de ellos son ya familiares para el lector que siga con asiduidad la producción pavoniana, en especial el personaje central, Plinio, jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso, excepcionalmente encargado de resolver en la capital la desaparición de dos muchachas gemelas, nacidas en su pueblo, definidas por el color de su pelo. El relato, muy ameno, es pródigo en peripecias. El ambiente madrileño en que Plinio y su amigo don Lotario deben establecerse, se halla perfectamente reflejado en virtud del contraste entre la personalidad rural de los protagonistas y la novedad o la "modernidad" de algunos escenarios de sus trabajos o diversiones. El paso de Plinio por Madrid está narrado con gran fluidez y cierto desenfado, no exento de humor. Conoce muy bien el autor el lenguaje de Tomelloso y en su novela abundan los giros coloquiales que le infunden frescura y gracia; en esta virtud residen, sin duda, los más altos valores de la narración, sólo ambiciosa si se la considera en función de otras anteriores con idénticos protagonistas, y de las próximas que seguramente prepara García Pavón. Insistimos en señalar el carácter rigurosamente académico del planteamiento. El autor no duda, incluso, en servirse de recursos pertenecientes a la novela tradicional y ya en desuso, como, por ejemplo, su directa intervención en el relato: "Y fue un lunes, como dije...", aunque no se integre en el mismo como personaje. ■ E. G. R.

## Francia, humor erótico

Régine Deforges acaba de reeditar, en «L'Or du temps», la célebre novela erótica de Apollinaire, «Las once mil vírgenes», de la que su amigo Picasso afirmaba que es una obra maestra. Fue en 1907 cuando, publicada la primera obra del autor de «Alcools», se sintió animado a escribirla. Lo que principalmente le movió fueron sus largos estudios realizados en «el infierno» (lugar donde se guardan los libros prohibidos) de la Biblioteca Nacional y por la experiencia adquirida en sus ediciones de obras maestras de la literatura erótica en la famosa «Biblioteca de los Curiosos».

Admirador de Sade, Apollinaire tenía presente en su memoria al Divino Marqués mientras escribía esta nove-

## Colección 2000

«Japón, el tercer grande», libro-reportaje de Robert Guillain, especialista francés en cuestiones asiáticas, será el primer título de la nueva colección de libros de actualidad que lanza Ediciones Martínez Roca con el título Colección 2000. El libro de Guillain ha alcanzado recientemente en Francia un gran éxito editorial. Otros libros programados por la nueva colección son: «Los libertadores», de Irene Nicholson, sobre los movimientos de independencia en Latinoamérica; «Destino: Año 2000», de Pierre Pathés; «Al asalto del espacio», de Jacques Tatiou; «Historia de la resistencia europea», de Henri Bernard, o «Historia de las democracias populares», de François Fejtó. ■ T.

la. No hay más que flagelaciones, torturas, blasfemias, necrofilias, etcétera. Pero todo ello, escrito en una prosa divertidísima, con un humor increíble y un estilo que se emparenta, a la vez, con el de

las canciones soldadescas y el de las más refinadas literaturas. Apollinaire no cesa jamás de salpicar los más obscenos pasajes de alusiones literarias o históricas. ■ PATRICK LORIOT.



## Llegada de Carner a Barcelona

"Un hombre ha vuelto a su tierra para morir. Un viejo, muy viejo elefante, ha emprendido la vieja senda que conduce a España por todas las rutas del exilio", dice Vázquez Montalbán de Carner en el reportaje que publicamos en la página 31. Este es el momento en que Carner llega a Barcelona. La emoción del viejo poeta salta a la vista.

## TEATRO

### La vuelta de Aurora Bautista

Antes que hablar de «El anuncio», la obra de Natalia Ginzburg elegida para su reaparición, o del trabajo de José Osuna y sus dos compañeros de reparto, o del tono general del espectáculo, o aun del modo concreto como ella resuelve el personaje que estrenó Joan Plowright, lo que importa, tratándose de un comentario teatral español, es recoger el hecho de que Aurora Bautista, tras varios años de ausencia, ha vuelto a nuestros escenarios. Exactamente, en el Poliorama barcelonés, el Domingo de Resurrección.

La obra tiene ilustres antecedentes —montajes de Laurence Olivier y de Luchino Visconti— y, con el título de «Teresa», también constituye actualmente uno de los éxitos de París. Tiempo habrá para hablar de la obra. Porque lo que yo acabo de ver en Barcelona —entre ramos de flo-

res y agradecidas palabras de la actriz— es la primera jornada de un plan de trabajo que puede venirle muy bien al teatro español de nuestros días.

El caso de Aurora Bautista reúne, por otra parte, muchas singularidades dignas de consideración. Ligada, a través del cine, a la etapa de los films históricos, su «Locura de amor» la convirtió fulminantemente en la actriz más popular del país. Cierta retoricismo, propio del engolado cine español de aquellos días, unido al peso del «estrellato», configuraron la imagen de una actriz joven, llena de fuerza dramática, alta cotización profesional e incierto destino artístico. Sus interesantes pasos teatrales quedaron cortados o dominados por su dimensión de gran estrella popular; dimensión llena de encantos en la teoría, pero cargada de trampas en la práctica, porque una cosa muy respetable es la capacidad de comunicación con los grandes públicos y otra, distinta, los modos como productores, directores y guionistas han solido aprovechar esta capacidad. Lo quisiera o no, Aurora Bautista estaba sojuzgada por la mediocridad de un cine que había hecho de ella su primera actriz dramática.

Aurora volvió, sin embargo, al teatro. Y, contra lo que algunos pensaban, no fueron obras clásicas, la «Medea» o «Fuenteovejuna», las que dieron la medida de sus grandes posibilidades. Fue en un tipo de tragedia moderna donde Aurora mostró su primera plenitud. Me refiero a la «Yerma», de García Lorca; al «Réquiem por una mujer», de Faulkner-Camus, y, sobre todo, a «La gata sobre el tejado de cinc», de Williams. Paralelamente, «La tía Tula», de Picazo, contradecía todas las viejas acusaciones de barroquismo —intimamente ligadas a las características de los personajes abordados— y nos mostraba a una Bautista admirablemente integrada a una obra y a un personaje concebidos con ejemplar austeridad.

En este punto, a las puertas de una nueva y más rica etapa de su carrera, Aurora Bautista desapareció. Se fue a Méjico. Allí hizo, esporádicamente, en un teatro, «El milagro de Ana Sullivan». Y una película, «El derecho de nacer», cuyo éxito popular no pudo, naturalmente, hacer ol-

vidar a nadie la Aurora Bautista llena de fuerza y hermosamente viva —¡qué aburridas son esas actrices que dominan sus personajes como recetas de cocina!— que habíamos visto en el drama de Williams. De pronto, volvió a España. Otra vez estaba aquí, con nuevas experiencias personales, con enriquecidas fuerzas para volver a su trabajo. En cine, «Pepa Doncel», un paso ambiguo, a tono con las brumosas realidades de nuestro cine actual. En teatro, tras muchos meses de búsqueda de una obra, tras el rechazo de varios títulos sin ningún interés, al fin, ahora, en Barcelona, su reaparición con un complejo y difícil personaje.

Aquí queda mi modesto y alegre testimonio de su vuelta al teatro, de su reafirmado talento de gran actriz, de su voluntad de trabajo, y de mi seguridad de que es otro de los pocos nombres que va a intentar conciliar su propio éxito con el servicio a la cultura y al teatro españoles. Tiene fuerza y honradez para conseguirlo. Y sola no va a estar en ese difícil camino. Seguro. ■ JOSE MONLEON.

## CANCION

### Las lecciones de cosas de Ovidi Montllor

Cuando parecía languidecer en un breve otoño premortal, la canción catalana, de pronto, ha recuperado el habla y, en cierta manera, el sentido. Empezó María del Mar Bonet con su single, después Lluís Llach en busca de la patente de «calité»; Pau Riba, destrozando las figurillas del zoo de cristal de una vieja (pero no gratuita) Cataluña; Enric Barbat, más sabio que nunca; Quico Pi de la Serra, interrumpido de momento; Raimon, redescubriéndonos al extraordinario Ausias March, y ahora Ovidi Montllor, un cantante autodidacta y didáctico que

durante semanas ha sorprendido al público de la Cova del Drac con sus lecciones de cosas. Ovidi Montllor es, quizá, el más genuino representante del dieciochesco cantante de taberna y de calle, coplero de los males sociales, más sarcástico que bien-humorado, con un lenguaje apto para cualquier nivel de comprensión. Es lo que podríamos llamar a un cantante popular, que no tiene nada que ver (en los actuales condicionamientos de la organi-

ción que Ovidi dedica a Alcoy, su pueblo natal:

*Alli fan unes festes  
que a molts els dura un any.  
I que altres les esperen  
sense pensar en el Sant.  
Son moros o cristians  
que el café fa germans.  
Sempe perden els moros  
i guanyen els cristians.*

La pequeña crónica de una quiebra de la que hablan los diarios, sin mencionar cuál ha sido la solución para el



Ovidi Montllor.

zación socio-cultural que compartimos) con los cantantes que venden discos por centenas de millar. Tampoco la necesidad de ser claro condiciona a Montllor hasta el punto de abandonar el arte de jugar con las palabras; así, cuando discurre sobre la precaria condición económica y vital de un «desesperado», el sarcasmo le lleva a jugar con sonidos rotos, que, en cierta manera, son una expresión de protesta desafiante:

*Tinc que moure un plat  
si vull menjar un plat.  
A la "tasca" un got,  
fa que vinga un gris.  
I si vull ser gras  
he de menjar gat.  
Per a mi es un goig  
menjar un poc de guix.  
Fins i tot un pet  
ja no em fa ni put.  
I em troben tan groc,  
que em diuen el grec.*

Montllor canta sus propias letras o las de Josep M. Carandell. A veces pone letra a otras músicas, de Brel por ejemplo, al servicio de la can-

problema del desempleo, viene a continuación de la fábula de la Fera Ferotge (la Fiera Feroz) como mito del peligro social al que hay que enjaular, cueste lo que cueste, para que todos los buenos ciudadanos puedan dormir tranquilos y confiados. Un poco antes, Ovidi ha cantado una canción llena de cómico y triste despecho contra la muchacha que le ha abandonado y que ahora descubre como portadora de un ojo de cristal, más tonta que un asno, excavadora de las motas de su nariz, engullidora de esas motas, y el cantante le pronostica que se quedará sola, solterita y de nuevo enamorada de él. Pero que no se haga ilusiones; cuando vuelva, el cantante la enviará a paseo, porque ya tendrá un nuevo amor.

Hay una cierta falsa ingenuidad de «naïf». La inteligencia del «naïf» consiste precisamente en convertirnos en sorprendente lo que va creyendo que no podía sorprendernos. En una canción, Montllor vulgariza el tema de

la «revolución semántica», nos habla de que ahora el amo se llama jefe, empresario, gerente, «dire», pero

*El hecho es el mismo,  
y los j... los mismos.  
Todo este mundo  
es tan divertido,  
tan divertido,  
tan divertido,  
que todo acabará en llanto.*

Mi familia es tan humilde, dice el cantante, que para poder tener una camiseta me la han hecho de una vieja cortina roja. Y desde entonces, por culpa de esta camiseta, ya nunca ha podido caminar por la derecha. La camiseta le ha dado muchos disgustos, pero a él le abriga. Ovidi alterna el sarcasmo político con la canción de amor, con la pequeña reflexión sobre la vida cotidiana o el buceo en el recuerdo sentimental que le lleva a esa patética Teresa de su infancia en Alcoy.

*Como un recuerdo de in-  
siempre recordaré [fancia  
a la Teresa  
bailando el vals.  
Tal vez fue lo último que  
[hizo  
con alguien que la quiso,  
antes de que un bombardeo  
la volviera loca.  
Todos los muchachos la se-  
[guíamos,  
y en un apartado solar  
nos instruíamos a su alre-  
[dedor.*

*Casi despeinada,  
nos enseñaba los muslos  
y nos daba lecciones  
de anatomía.  
Sin pecados.  
Nos enseñó a bailar,  
a cantar y a querer.  
Era la que más sabía  
de todo esto.  
Con una florecita en la ca-  
[beza,  
y un pañuelo blanco al  
y faldas largas [cuello,  
y un cigarrillo.  
Fue la risa de los mayores,  
y la maestra más querida  
de los niños.  
Ahora, ya mayor, comprendo  
todo lo que por ti siento  
y te lanzo un homenaje  
a los cuatro vientos.  
Como un recuerdo de in-  
[fancia  
siempre te recordaré, Teresa,  
bailando el vals.*

M. VAZQUEZ MONTALBAN